

DE LA COMPRESION DEL QUIJOTE

— por Eugenio Orrego Vicuña —

(Discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Lengua correspondiente a la Real Academia Española — Diciembre 23 de 1951)

Señor Director:
Señores Académicos:
Señoras y señores:

Me habéis honrado grandemente, no sólo por el hecho de incorporarme a vuestra vida activa, sino, más aun, por la votación unánime con que premiásteis los trabajos, ya que no los méritos, de una vida consagrada a la carrera de las letras. Acaso ha contribuído, y no poco, mi *Ingenioso Hidalgo Cervantes*, que es virtud de nuestro patrono ganar victorias siglos después de su tránsito. Debo expresar a todos mi gratitud, mucho mayor ciertamente de lo que sé deciros, y con ella especial tributo a nuestro ilustre compañero don Ricardo Dávila Silva, que puso esa obra mía muy por encima de cuanto pudiera valer. Es justo que rinda homenaje, también, al poeta de Arauco, don Samuel A. Lillo, mi viejo y noble maestro, quien con el estímulo de sus lecciones literarias daba a sus discípulos generoso espaldarazo. La benevolencia tiene, también, sus victorias.

En esta casa de la Academia, templo de la cultura chilena, porque nada hay más preclaro en nuestra tierra, todo me parece familiar. Al contemplaros, evoco vuestras obras y comprendo lo que ellas significan en la literatura vernácula y en el desarrollo contemporáneo del idioma. Habéis trabajado sin fatiga por el

progreso intelectual y, llenada vuestra tarea, podréis aspirar al reconocimiento de las generaciones que se atropellan en el umbral. Esa tarea y ese esfuerzo, prolongados a través de vuestras vidas, honran a Chile.

Agradezco a mi querido amigo y colega don Fidel Araneda Bravo el honor que me hace, recibíendome.

Mis vínculos con la Academia se remontan a los tiempos de iniciación literaria. Ocupé esta tribuna, por primera vez, en horas de adolescencia, para leer el discurso con que se incorporó el insigne folklorista y literato don Ramón A. Laval, quien, por su afonía, no pudo hablar de propia cuenta. Cierro los ojos, y abiertos los del alma, veo aún a los académicos de esa tarde brillante. Presidían la reunión dos varones insignes: el sabio arzobispo de Santiago, don Crescente Errázuriz, Director del Instituto, y el Presidente de la República, don Arturo Alessandri Palma, a la sazón en el apogeo de su primer gobierno, de tan vasto contenido histórico. Y en torno de ellos, Medina, don Emilio Vaisse, don Juan Agustín Barriga, don Julio Vicuña Cifuentes y tantos otros que hoy tutelan nuestros trabajos desde un mundo sin fronteras.

A don José Toribio Medina, príncipe de americanistas, discípulo de nuestro historiador máximo, polígrafo mayor de la lengua, y al Presidente Alessandri, debo homenaje especial. El primero me honró con su amistad, plena de encanto, en años juveniles, y hasta colaboró conmigo en un opúsculo. Traté al segundo en sus años últimos, recibiendo del insigne hombre de Estado, Patriarca de la Democracia latina, pruebas de afecto inolvidables: gracias a su poderoso esfuerzo ha sido realidad el Museo Nacional consagrado a Vicuña Mackenna, que era deuda pública.

Correspóndeme ahora, al ocupar el sillón de don Antonio Huneeus Gana, hacer el elogio de mi ilustre antecesor: tarea fácil, grata y justiciera. Le conocí siendo yo niño y siempre me pareció familiar su figura de maestro de benevolencia y de probo y austero patriota. Porque pertenecía a esa rara falange de los que vivieron en limpia actitud de utilidad colectiva, honrando antes que honrándose.

Hombre representativo de su tiempo, fué, en capítulos de múltiple actividad, profesor, estadista, diplomático y hombre

de letras, descollando por condiciones peculiares en lo principal de su obra.

Hijo del notable tratadista y antiguo Rector de la Universidad de Chile, don Jorge Huneeus Zegers, y nieto de una dama que tuvo el mérito de haber sido de las primeras cultivadoras del arte lírico en la sociedad chilena, doña Isidora Zegers (de ella nos habla Zapiola en sus sabrosos *Recuerdos de treinta años*), se formó en hogar de vieja tradición, en que no faltaron literatos y cuya raíz intelectual puede remontarse hacia aquel curiosísimo poeta que fuera el Padre López de Villaseñor, de uno de cuyos ascendientes descienden los Orrego Luco, los Blest Gana y los Huneeus Gana, por lo que se ve que la genealogía, como ciencia auxiliar, puede servir para el estudio psicológico y el crítico.

De su progenitor heredó el señor Huneeus una inclinación a los ensayos de orden jurídico-social, que aprovecharía en obras de reconocida importancia. De los López, improvisadores en verso, cuyo talento solía entrarse en lo divino y en lo humano, las condiciones literarias que tanto brillo darían a sus trabajos intelectuales.

Nacido en 1870, fué don Antonio contemporáneo de mi padre y con él cultivó larga y cordial amistad. Ambos compartieron, en su juventud, el esplendor de una época que fué para Chile de auge indiscutido, y en la que nuestra cultura, que adelantaron y fijaron los grandes maestros chilenos del siglo XIX, dió a la República Austral la calidad de guía o *leader* de las naciones hispano-americanas. Y ambos, entre los años que van desde el romántico novecientos hasta promedios de esta centuria en que la Humanidad busca a tientas cauces nuevos en la aurora de una nueva época, convivieron en el mismo clima político y social, alcanzando éxito señalado con fruto riquísimo.

Abogado muy joven, recibió título profesional a los veinte años, como aquellos guerreros del Imperio que eran ya generales cuando sus contemporáneos se sentaban todavía en las bancas de estudio.

Amó, como pocos, las disciplinas del saber. Quiso ser maestro y en su cátedra de Filosofía del Derecho, ejercida con brillo en la Universidad de Chile entre los años 1891 y 1906, contribuyó a la formación de no pocos jurisconsultos, siendo de notar que en los comienzos del siglo tuvo por colega al futuro autor de

Casa Grande, quien, en el cargo de profesor extraordinario de Derecho Internacional fué, como él, de aquellos que servían la docencia superior sin paga y por honra.

La política le atrajo desde temprano. Diputado en 1904, el año siguiente desempeñó la cartera de Justicia e Instrucción Pública en el Gabinete que presidía don Juan Antonio Orrego. Tiempo adelante tuvo la satisfacción de ser jefe de gobierno en el Gabinete Huneeus-Claro, que organizó en 1922, durante los últimos meses del régimen parlamentario.

La calidad de estadista de don Antonio Huneeus tuvo más ancho vuelo en el Ministerio de Relaciones Exteriores, cuya cartera le encomendaron los presidentes Riesco, Barros Luco, Sanfuentes y Figueroa, durante cuyas administraciones participó en los gabinetes Salinas-Huneeus (1906), Barros-Huneeus (1912 y 13), Montenegro-Huneeus y Puga Borne-Huneeus (1920) e Ibáñez-Huneeus en 1926.

Su estreno como canciller fué muy feliz. Llamado por el presidente Riesco, que era hombre de brillante capacidad, se expidió, en materia importantísima para Chile, con acierto magnífico. A él se debe, servicio que no ha sido reconocido suficientemente, la afirmación oficial y solemne de la soberanía chilena en la Antártida y el afianzamiento indiscutible de nuestros derechos, que se basan en los títulos coloniales, en antiguos pontificios, en la geografía, en la geopolítica y en la justa y oportuna ocupación. En 1906, en circunstancias en que la bandera de O'Higgins flameaba en la isla Decepción, donde operaban los barcos de la Compañía Ballenera de Magallanes, el ministro Huneeus firmó un decreto de alcance histórico y de extraordinaria trascendencia, pues implicaba aplicación práctica de soberanía, siendo de advertir, sin embargo, que datan de 1902 las primeras manifestaciones oficiales que a dicho decreto condujeron. Merece, pues, figurar entre los chilenos que contribuyeron a fijar la frontera austral de la Nación en el lugar que de derecho corresponde, es decir, en el corazón del Polo Sur.

Tuvo don Antonio la buena fortuna de prestar, en su desempeño como canciller, otros servicios de grande importancia. Cuando en 1926 un gobierno surgido de cuartelazo se enseñoreó de cierto pueblo hermano, sus dirigentes pretendieron desconocer los tratados solemnes que lo vinculaban a Chile, y entonces el

señor Huneeus redactó severa nota y asumió firme actitud, con lo cual nuestros antagonistas de aquella época hubieron de reconocer, *urbi et orbe*, que no pretendían, ni jamás su país podría pretenderlo, desconocer tratados que habían sido soberanamente discutidos por las partes y libremente suscritos. En ese mismo año, la prensa extranjera habló de una posible internacionalización de las provincias de Tacna y Arica, entonces en disputa, las cuales quedarían bajo el protectorado norteamericano; el canciller Huneeus desmintió tales informaciones, aseverando que Chile jamás aceptaría ideas de esa índole. Ahí se contenía, implícitamente, la afirmación de nuestras fronteras históricas una vez que hubiese sido solucionado con el Perú el único diferendo internacional pendiente en aquellos años. Los hombres de su temple pensaban que no podía siquiera concebirse la idea de discutir derechos que se hallen en firme y legal ejercicio. No puede un gobernante disminuir el territorio patrimonial de su país ni acrecerlo con daño ilegítimo de otros Estados.

Para intentar la solución del grave problema aludido, en la cual trabajarían con éxito dos altos magistrados, don Arturo Alessandri y don Carlos Ibáñez, el señor Huneeus realizó negociaciones, en 1906, con el ministro plenipotenciario del Perú, don Manuel Alvarez Calderón. Si bien ellas no condujeron a acuerdo, comprobaron, al menos, el deseo sincero que siempre tuvo Chile de borrar toda antigua diferencia con la noble nación peruana, que don Bernardo O'Higgins libertó.

Don Antonio era un diplomático nato. Tenía distinción suma, modales exquisitos, galanura y don de gentes acabado. Ello, unido a natural perspicacia y a un espíritu de estudio que le acompañó hasta la hora última, le permitieron desempeñarse con acierto en las misiones encomendadas. Puede, acaso, estimarse como la más importante la de embajador en Gran Bretaña que le confiara el presidente Ibáñez en 1928. Su casa, en Londres, fué centro de constante actividad, y de ello quedaron huellas en el fortalecimiento de los vínculos que unen de antiguo a la Moneda y el Foreign Office. El señor Huneeus sabía que la principal tarea de un diplomático es despertar simpatías en todos los círculos, dar a conocer el propio país, afianzar o crear lazos económicos que sean realmente de utilidad recíproca entre los pueblos y no de mero beneficio para firmas o intereses comerciales extranjeros. Todo lo cual produjo excelentes resultados.

Para apreciar su espíritu observador puede recordarse un discurso, pronunciado en el Politécnico de Londres en 1928, en el cual, a propósito de las características del pueblo inglés, dijo con acierto: «El hidalgo castellano, nuestro padre, y el *gentleman*, nuestro colaborador y huésped centenario, en palmar en el chileno de raza.»

Muchas misiones importantes le tocó desempeñar en el curso de su larga vida pública. En 1910 fué delegado de Chile al Congreso Panamericano de Buenos Aires y en 1924 actuó, en igual carácter, en la Quinta Conferencia Panamericana, reunida en Santiago.

En 1921 presidió la Delegación Chilena a la Liga de las Naciones, en cuyos debates, en Ginebra, se entró por los caminos que pudieran conducir a la paz, porque era pacifista y no ignoraba que este linaje de esfuerzos es el que mayor huella deja en la memoria y en el corazón de los hombres.

Esas convicciones le llevaron a presidir la Cruz Roja de Chile y a actuar, como delegado de su país, en la Décima Conferencia Universal de la benemérita institución.

Consejero de gobernantes, presidente del partido político en cuyas filas militó toda su vida, era de los prudentes, de los que saben que ceder a tiempo, contemporizar cuando es necesario y puede hacerse sin perder dignidad, actuar en el marco de la evolución y del progreso —porque negarse de modo tozudo a considerar las naturales mudanzas del tiempo es poner al mar diques de arena— constituye condición básica en todo verdadero hombre de Estado. Sabía, por otra parte, que la mejor manera de defender rectamente los principios ideológicos es no comerciar con ellos.

Gran señor por herencia y temperamento; fino, atildado, cultísimo en el trato, don Antonio dejaría en la sociedad de Santiago, en la vieja y austera aristocracia constructora, que forjó la grandeza chilena, huellas perdurables. Brilló en los salones. Discurrió con acierto en las diversas esferas de su acción pública y privada. Fué sobrio, elegante y discreto.

En los combates de la liza ciudadana, en que las pasiones y los apetitos suelen desnudarse, luchó con guante blanco. Era de aquellos que no elevaban en el parlamento el tono de la voz y mantenía siempre la compostura del lenguaje. En esto parecía inglés de los antiguos.

Las actividades literarias de don Antonio Huneeus no fueron menos interesantes. Era hombre de Derecho y como tal buscó casi siempre temas que con el Derecho se relacionaran. Tenía pluma ágil, bien cortada, elegante. Acaso no era ameno, porque el género no lo consentía, pero sí claro, documentado, elocuente a veces, sincero siempre.

Sus primeras obras versaron sobre temas jurídicos. En 1898 publicó *Lecciones de principios de Derecho destinadas a los alumnos de la Universidad* y en 1904 *Apuntes generales de Filosofía del Derecho*, que le sirvieron de texto para sus clases y aun hoy continúan consultándose.

En 1933, con motivo del centenario de la Carta de Portales, modificada por el presidente Alessandri casi al filo de cumplirse, dió a la estampa *La Constitución de 1833. Ensayo sobre nuestra historia constitucional de un siglo*. A esos «estudios chilenos» se sintió, sin duda, impulsado por el recuerdo de su padre, cuya obra famosa —*La Constitución ante el Congreso, o sea comentario positivo de la Constitución chilena*— versaba sobre el mismo asunto.

A raíz de nuestra Primera Expedición Antártica, en la cual tuve la honra de representar a la Universidad, escribió un opúsculo, *Antártida*, cuyo interés documental no podría desconocerse.

Con motivo de su incorporación a la Academia Chilena, el 26 de octubre de 1948, pronunció un discurso muy interesante en el cual, aparte del elogio de don José A. Alfonso, su antecesor, se contienen personales apreciaciones sobre un tema siempre candente: *Paz o guerra*. En esa oportunidad solemne le recibió, en discurso de finísimo corte, don Alejandro Silva de la Fuente. Ambas piezas honran los archivos de la corporación.

«La lectura de los escritos del señor Huneeus, dijo el Director, deja la impresión de cierto optimismo generoso. Se manifiesta indirectamente en sus apreciaciones y juicios sobre los nombres sobresalientes de nuestra historia. Hay retratos, de muy buena factura, de estadistas, a todos los cuales presenta a la luz más favorable con la estimación preferente de sus méritos. Este mismo espíritu he podido señalar en publicaciones históricas de nuestro ilustre colega don Arturo Alessandri. Nuestra historia tendría repúblicos eminentes en casi la totalidad de sus gobernantes. No es del caso decir si este criterio resulta siempre aplicado en puridad de justicia. Por mi parte, lo encuentro de todas

suertes altamente simpático. Se ve patente que no interviene el espíritu de partido u otro pequeño...»

La obra principal de don Antonio, aquella que más le interesara y a la cual consagró no poca parte de sus últimos años, es *Nueva Paz. Imperialismo o Democracia*, editada a su costa por la Universidad de Chile en dos nutridos volúmenes. En ellos, a lo largo de capítulos densos, de apretada lectura y grave contenido, pueden hallarse los conceptos que sobre la materia tenía el autor. Es obra de mucha erudición y estudio considerable; en ella deber os alabar el amor a la paz que alienta, confiriendo relieve a la figura moral del señor Huneus.

Conviene asomarse al juicio crítico que mereciera a don Alejandro Silva. «El libro, dice éste en su aludido discurso, es en buena parte histórico, de historia universal, cabría decir, por cuyas páginas pasa el autor con andar rápido, a vuelo de avión, presentando cuadros de fuertes pinceladas y toques brevísimos, que dejan como una impresión cinematográfica para jalonar el camino hacia la paz en un mundo democrático libre.» «La gran masa de los asuntos considerados hace que en la *Nueva Paz* tengan un nexo a veces remoto.» «Este ensayo no es solamente histórico: entra en el derecho público, en el internacional y da valor a las cuestiones económicas y sociales.» «La guerra para el señor Huneus es el mayor crimen: invento del hombre, contraría la idea de la creación. Quiere la paz real y sincera, bien fundada en la historia, que conduce del imperialismo a la democracia, y se deriva de la unidad de la especie humana, confirmada por la religión y la ciencia.» «En toda la obra del señor Huneus domina un vivo amor por la libertad, y un hondo espíritu religioso, al cual se acude ahora como único elemento de permanente eficacia a lo largo de los siglos para asegurar la verdadera paz. Es el camino del Sermón de la Montaña.»

En verdad, el espíritu idealista de don Antonio se manifiesta, en algunas páginas, con elocuencia magnífica. Leamos, por ejemplo: «Así como las fuerzas de la creación se sobreponen a cataclismos y tormentas, los principios morales prevalecen al través de las edades.» «Esos principios son los que nos dió Jesús. Están escritos en el Sermón de la Montaña. Son los mismos en cuyos moldes las civilizaciones de Occidente se formaron y se han consolidado durante dos mil años. Sus diez mandamientos han sido y serán siempre el más profundo y sólido sillar, y el ci-

miento incommovible de toda sociedad humana. Esa es, y no otra, la Nueva Paz que nos aguarda y ciertamente alcanzaremos.» «Soberbios y codiciosos los pueblos contemporáneos, han violado todas las leyes morales y divinas. Por nuestros pasos contados volveremos a ellas. La amarga experiencia de esta segunda conflagración persuadirá aun a los hombres más ciegos e implacables de que las guerras no enriquecen, ni perduran los grandes imperios cuando se fundan en la iniquidad, de que no hay bienestar sin disciplina, progreso verdadero sin libertades efectivas, ni paz sin respeto a la soberanía e igualdad de los Estados, cualesquiera fueren sus diferencias de riquezas, población, territorio y armamentos.» «Las leyes naturales no dejan de cumplirse sino mientras nosotros mismos las violamos. Y libertad, igualdad y fraternidad volverán cierta y necesariamente a reinar entre hombres y naciones.»

En el atardecer de una jornada que llenó con tanta nobleza, tuve la suerte de frecuentarlo. Era en el Cerro Santa Lucía, al cual desde niño me ataron tradiciones de amorosa fuerza. Mi padre y él, con otros caballeros que llevaban vigorosamente la carga de sus años, se entretenían charlando en las terrazas soleadas o paseando lentamente entre los árboles. La vida estaba atrás y para ellos era sólo el tiempo del recuerdo, con sus evocaciones melancólicas bañadas en dulce pátina de tristeza. Pero la presencia de Chile era aliento en todas las bocas. Con la inquietud de los antiguos próceres romanos indagaban el porvenir sombrío. Mas no lloraban sobre ruinas; llenos de fe honda en los destinos de la patria, soñaban el advenimiento de un orden de armonía y de justicia que un día llegará.

Mi padre se fué antes y don Antonio, a medida que avanzaba hacia el reino de luz que velan puertas de sombra, iba acercándose a Dios, en comunión íntima, honda, fervorosa. La recia fe incommovible, que le alumbrara siempre, le permitió volver espaldas al dolor. Retemplado por ella, pudo esperar serenamente la hora del gran silencio, esa hora cuya certidumbre pesa apenas sobre el común, pues poquísimos se curan de su proximidad. Huye el hombre de apreciar la sentencia árabe: «Es más tarde de lo que crees.» Y es que la esperanza, puesta en el día que viene y en la hora que aún no ha sonado, nos consuela y nos engaña.

En el último trance, al hacer el examen final, pudo tener

la certidumbre de recibir el salario de los buenos trabajadores.

Terminaré este retrato con palabras tuyas, escritas en memoria de alguien a quien amó: «Era así: su espíritu se había modelado plásticamente en su cabeza venerable al toque de los años, amigos siempre fieles de las almas puras.»

Tócame ahora entrar en la médula de mi discurso, aventurándome en laberinto de hondura y claridad; hondura por lo arduo del asunto, claridad por la que me proporcionan los grandes ingenios del mundo a quienes he interrogado sin pararme en límite de siglos, pues lo mismo ha sido enténdermelas con la gente risueña que en el siglo xvii trasmutaba en alegre humor las tristezas penitenciales de su tiempo, como acercarme a los doctores enciclopédicos del xviii, menos risueños porque la época era todavía más dura, o ir, en los comienzos de la pasada centuria, a golpear en la puerta discreta de Goethe, en compañía del buen Eckermann, o asomarme en casa de Dostoyewski, y luego, entrado ya este siglo, que no ha sido de luces sino de contrastes, entretenerme en coloquios contemporáneos. De mi experiencia puedo anticipar que todos amaban a Cervantes, pero ninguno, acaso, le entendió cabalmente. ¿Podía yo, a la postre, lisonjearme de haber sido más afortunado? Creo que mi juicio, elaborado en telar donde tantos genios trabajaran, ha sido tal vez menos fragmentario. A todos los grandes, debo decirlo, acudí sin aquella libertad que Shakespeare solía hacerlo, porque cosas hay que no a todos están permitidas.

Compuse mi *Cervantes*, pues, con elementos de calidad riquísima, vetas en minas a todo el mundo abiertas. El éxito estuvo en ahondar sin miedo ni orgullo, que no sólo el genio es una larga paciencia, sino, también, el discreto amor que no se paga de aplausos ni se intimida con críticas.

Asunto tan complejo no puede agotarse en las pocas páginas de un discurso académico, por más que las basara prolijamente en un libro mío de madura gestación, pero cabe reunir en apretada síntesis, como ya lo hice, el pensamiento o, mejor dicho, la esencia del pensamiento universal acerca de Cervantes y del *Quijote*, es decir, de los dos Hidalgos, que por tales han de tenerlos, como yo, quienes juzguen, pasado el tiempo de gesta y desarrollo de la nueva civilización que hoy avanza por los subsuelos del mundo, estremeciéndolo hasta en sus raíces mismas.

Hacer el elogio de Don Quijote es hacer el de Don Miguel, que hermanos siameses son ambos, después de haber sido el uno hijo del otro, porque tales misterios suelen entrecruzarse en el mundo espiritual que nos rodea y contiene, sobre el cual los hombres discurren habitualmente como aquel niño que pensaba encerrar el mar en su balde. Admirable enigma que muestra cómo las creaciones del espíritu tienen consistencia y duración verdaderas. Don Quijote nació de Don Miguel y, concluidos los primeros capítulos, en que se muestran los propósitos del autor de crear un personaje de burla, fué creciendo con vida propia, con substancia y vitalidad tomados de lo universal humano, para, en sazón de madurez, independizarse del primogénito, con quien, sin embargo, nunca pudo romper aquello que les unía, que continúa uniéndoles. Terminaron en ser hermanos siameses, digo, y siameses quedarán hasta el término del tiempo.

Inefable misterio éste, que ni el propio Unamuno, con haberlo intuído, pudo explicar satisfactoriamente.

Don Quijote es mundo en sí, tiene para satisfacer todas las hambres, para dar respuestas a quienes sepan interrogar, explicaciones a quienes puedan comprender; porque en esto de la comprensión está una parte del secreto: los hombres sólo entienden bien aquello que sean capaces de asimilar.

El Hidalgo de la Mancha se muestra en lo substantivo, al menos en parte de lo substantivo, en aquel diálogo con el capellán de los Duques, cuando dijo, no para que aquél, sino que para que otros le entendieran: «Unos van por el ancho campo de la admiración soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado en mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado entuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos; yo soy enamorado, no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean; y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentales. Mis intenciones siempre las endezco a buenos fines, que son de hacer bien a todos y mal a ninguno...»

Pero no nos entretengamos en espigar la obra cervantina en busca de explicaciones particulares a cada rasgo y función, que pudiéramos terminar copiando el texto entero de su vida.

Tócanos, ahora, detenernos en punto menos conocido de lo que pueda suponerse: la comprensión que *Don Quijote* tuvo a través del tiempo. Examinando el asunto, cabe ver cómo el sentido de la perspectiva influye aun en los cerebros mejor organizados: para asomarnos a los panoramas de montaña tenemos que trepar en el espacio y en el tiempo; cosas nos ocurren en la vida, que venimos a percibir, evocándolas, al término de ella, cosas en el espíritu ocurren de las cuales posiblemente no nos percatamos nunca, porque lo breve de nuestra duración terrena no da lugar. Y así podemos explicarnos cómo la obra de Cervantes, que alcanzó el mayor éxito europeo de librería cuando aun el autor trabajaba en su *Persiles*, no fué entendida por ninguno de sus contemporáneos (ya sabemos lo que Lope dijo), ni lo fué en siglo siguiente sino en medida estrecha, ni en el de los Enciclopedistas, que llamaron de la Razón, ni en el siguiente de las Luces, sino a medias, hasta llegar a nuestro tiempo, en que se atrevieron con él hombres mejor documentados. Y es que éstos y no aquéllos gozaron de perspectiva. A medida que los dos Hidalgos se alejaban —acercándose— se recortaba su proyección en el horizonte inmenso.

Esto, que he examinado un tanto en mi *Paso de los Hidalgos*, puede expresarse en síntesis aun mayor de la que ahí se muestra. Veamos:

Un individuo del siglo xvii dice: Interesa a vuestas mercedes muy mucho la novela de *Don Quijote de la Mancha*, en lo que llevan razón sobrada, pues nadie duda de que sea obra peregrina en que se luce, con la graciosa locura de un hidalgo pobrete que hubo en la Mancha, la agudeza y malicia de su escudero Sancho Panza. No se ha escrito en España libro más divertido. Leyéndolo rió España, rió Europa, rieron las Indias y por el mundo todo se desbordó un océano de risas. Tanta alegría provocaba su lectura que en cierta ocasión, estando asomado a las ventanas del Alcázar de Madrid, su majestad el rey don Felipe III acertó a divisar un estudiante pardal que se desternillaba: «Ese hombre —dijo— o está loco o lee el *Quijote*.» ¡Leía el *Quijote*, señores!... Lo comprendieron ciertamente, añade, y hasta tuvo éxito no nada común. ¿No lo escribió su autor para acabar con la literatura caballeresca que traía embebidas a las gentes? ¿Por ventura no acabó con ella? Digan vuestas mercedes si cabe éxito mayor. En cuanto a lo que le criticaran y dijeran

mal de su autor, entra en lo acostumbrado, pues nunca los literatos mostraron ser generosos con sus contemporáneos, especialmente si son del género...

A lo que repuso otro individuo del siglo XVIII: Nosotros lo vimos mejor y no nos reímos más de lo necesario. Había pasado la hora de la risa y venía el tiempo de las convulsiones sociales, que no es muy apto para ironizar. Los hombres de la Enciclopedia celebraron su valor como crítica social encaminada a moralizar a los hombres, y en Inglaterra Fielding se inspiró en sus esencias para escribir la mejor novela de la época. Entre tantos trabajos y desventuras como padecían los hombres, faltaron ocios para analizarlo más acabadamente. ¿Qué quieren ustedes? Los períodos revolucionarios suelen volver las espaldas al arte. Sin embargo, las más elegantes ediciones y los más ricos grabados del *Quijote* fueron nuestros.

El personero de la centuria décimonona habló por su parte: En buen romance: ustedes ni rieron ni comprendieron más. El estudio del *Quijote* comienza con nosotros. Antes sólo fué fiesta de risa y alarde de tipografía. La exégesis, el estudio serio, el análisis filosófico, la serena meditación comienza en mi siglo. Daniel de Foe, el inglés, dijo que era obra que muchos leían con placer, pero de la que pocos comprendían su sentido. Víctor Hugo, el gallo, comparándolo con Rabelais, opinó que eran dos Homeros para dar fin a la barbarie feudal. Los románticos descubrieron anchamente al Caballero de la Triste Figura. Heine lloró con él de niño y rió en la madurez. Ernesto Merimée la conceptuó como historia maravillosamente alegre de las extravagancias humanas. Lord Byron dijo con sutil complacencia: «Ante el placer de leer *Don Quijote* en la lengua original, todos los demás placeres palidecen.» Y para Macaulay era «incomparablemente la mejor novela que se ha escrito.»

El del siglo XX expresó, cuando le vino el turno: «Nosotros encontramos la síntesis. Nicolai puso el acento en la valía científica de Cervantes y llegó a decir que seguía de pie en el Parnaso, y de pie había de vérselo hasta el término de la cultura en Europa. Para Jean Cassou no hay escritor de mejor compañía ni más humano. Porque también nosotros descubrimos y matizamos la primacía humana de Cervantes, raíz de su imperio sobre las almas. Entre los españoles han agotado la exégesis filosófica, crítica y erudita, sin contar a Unamuno, don Marcelino Menén-

dez Pelayo, José Ortega y Gasset en sus *Meditaciones*, Francisco Navarro Ledesma, el sutil maestro Azorín, Arrérico Castro en libros que parecen exhaustivos, Ramón Menéndez Pidal, Francisco Rodríguez Marín, el anotador. Y otros, otros muchos. Ortega y Gasset ha escrito con sentido hondísimo: «¡Cervantes —un paciente hidalgo que escribió un libro— se halla sentado en los elíseos prados hace tres siglos, y aguarda, repartiendo en derredor melancólicas miradas, a que le nazca un nieto capaz de entenderle!»

Añadía que los dos Hidalgos son mina para cien siglos. Y el del XIX reponía que hay o puede haber, si no expresadas, al menos sentidas o presentidas, tantas interpretaciones e intérpretes como lectores haya con alguna poca de materia gris.

Un indiano, por su parte, recordando los humildes deseos de Cervantes de ganar la gobernación de la provincia de Socunusco, en Guatemala, que en nada aventajaba a la ínsula Barataria, decía: Por lo que toca a Hispano América, los indianos han sido devotos de los dos Hidalgos desde los días mismos en que salió Don Quijote a correr tierras montado en la pluma de Cide Hamete. Bolívar descubrió que el Manchego era persona viva, antes de Unamuno. Un don Juan Montalvo hubo que escribió con donaire algunos «Capítulos que se olvidaron a Cervantes» y no han sido escasos los que se dieron a iritar al Caballero de los Leones en sus arrestos, sobresaliendo entre los quiijotizados el chileno Vicuña, que viajó por la Mancha, siguiendo huellas, el argentino Sarmiento y el nicaragüense Darío, cuyo nombre viene a los alcances con su *Letanía*, y no nombro más por no ofender a los que sin justicia pudiera olvidar.

No quisiera yo que el indiano callase otro nombre: el de nuestro colega el padre Morales, que en el Cuarto Centenario llevó con lustre la voz de la Academia.

Los del siglo vigésimo, penetrando en la carne viva del espíritu, descubrieron en los dos Hidalgos la piedra.

¿Qué era, en suma, Don Quijote? ¿Qué Sancho y Dulcinea? ¿Cuáles habían sido los propósitos del Hidalgo al escribir su libro impar? ¿Cuál la clave posible? Abiertos los cauces de la reflexión, empezaron los intérpretes a salir, señalándose los grandes ingenios del mundo por su esfuerzo en traducir el misterio cervantino a través de la propia y peculiar sensibilidad. Afluyeron los comentaristas y los eruditos, los gramáticos de buena ley,

los buscadores de pies de gato, los emborronadores de papel, los grafómanos impenitentes, y día llegó en que el texto del Príncipe se vió sumergido en un mar de tinta. Los Clemencín y los Rodríguez, sabios y doctos ciertamente, acotaron, anotaron, discurren y hasta se trabaron en polémicas y batallas.

¿Qué era Don Quijote? ¿Qué Dulcinea y Sancho?

La gente superficial de antaño y ogaño sólo supo ver una sátira contra las novelas de caballería, un latigazo de ingenio a la viciosa afición de una época por cierta literatura en que se abrían compuertas a lo imaginativo que se estimaron excesivas. Pero esos librotos estaban en olvido cuando la magia del libro empezaba apenas a producir sus primeros efectos en hondura. Otros, más sutiles, creyeron adivinar la crítica de un sistema político, económico y social determinado (la España de comienzos del siglo XVII) y aun hubo quienes atribuyeran a Cervantes propósitos de siquiátra y embelecocos de orden freudiano.

Entre los intérpretes más ilustres se cuenta don Miguel de Unamuno, quien, en su *Vida de don Quijote y Sancho*, realizó un ensayo rico en pensamiento, elegante y delicioso en el estilo, lleno de exquisita agudeza, laminado de reflexiones hondísimas, pero asaz arbitrario, como que al exaltar al Caballero a la altura simbólica que nadie puede ya negarle, substituyó el genio de Don Miguel, posponiéndolo en aras de algo juzgado por él infinitamente superior. (Y no se diga que fué de intento, aun cuando lo fuese, ni se recalque que ello constituye homenaje de por sí, por más delicado que a los delicados parezca.) Mostró que el Hidalgo, en símbolo y en carne, tiene vida independiente de su creador, lo que, desde luego, puede y debe admitirse, pues en el héroe han ido a confundirse los sentimientos, los ideales y hasta los efluvios de altísimos espíritus, por encima de razas, lenguas y literatura, al modo de una confluencia de fuerzas fecundadoras, de polarización de corrientes inapreciables del alma universal. El salmantino, sin duda, intuía todo esto al escribir, porque no lo expresó así, que yo recuerde. Más discreto sería, a mi entender, considerar a ambos de modo paralelo, dado que uno y otro viven con independencia los accidentes de sus vidas, real el uno, y de su propia potencia síquica ya autónoma, el otro. ¡Qué admirables biografías paralelas de los dos Hidalgos pudieran escribirse!

Un intérprete discretísimo, al que no faltó hondura, pero sí alguna mayor perspectiva humana, ha sido Miguel S. Oliver.

«Con el momento literario o declinación de la novela de aventuras, escribe, coincidía un gran momento nacional o declinación del imperialismo hispánico, un gran momento universal o declinación de las edades heroicas. Tres planos, tres horizontes de diversa amplitud pero de misterioso paralelismo que el artista, sin proponérselo, probablemente sin sospecharlo, acertó a enlazar y fundir...»

¿Sin proponérselo? ¿Sin sospecharlo? ¿Hasta qué punto Shakespeare y Miguel Angel, intérpretes del Renacimiento, eran sujetos semiconscientes o del todo inconscientes, a través de los cuales se expresaba un demonio interior, canalizando los ímpetus, el sentido, el alma de una época? ¿Ignora el genio su propia fuerza y potencia? En verdad el genio no se ignora a sí mismo; puede, sí, carecer de imperio inmediato sobre su época y escapársele o ignorar su influencia en la evolución del pensamiento, ya que éste sigue a menudo caminos subterráneos que no se perciben contemporáneamente. Es condición de lo genial, aun cuando no se exprese ni trasluzca, tener conciencia de la propia valía. Los medianos nunca dejan de sobreestimarse, mas los de naturaleza superior, aquellos a través de los cuales el espíritu opera, nunca pueden subestimarse.

Cervantes, contrariamente a lo supuesto por críticos superficiales —superficiales o cautivados por la propia teoría, que siempre los críticos juzgan la propia teoría como única buena—, no fué el hombre de una obra única, no fué sólo el autor del *Quijote*. Sus libros anteriores, sus dramas, sus comedias, sus versos, su *Galatea* y su *Persiles*, sus *Novelas ejemplares*, en fin, no eran cosa baladí; todas ellas fueron piezas de un conjunto; borradores, como quien dice, que contenían esbozos de la obra definitiva. Tal vez fueran tiempos de una misma construcción musical. Si no parte de un todo —admirables partes— puede tenérselas por etapas en la realización artística del autor, etapas de un fruto que en la vida del Manchego maduró. Y ese fruto era, también, el fruto de la vida de Cervantes, carne y sangre, suprema esencia de su espíritu.

Porque Don Quijote y Don Miguel se complementan, se combinan, se expresan uno a otro y uno y otro vienén a ser como cristalizaciones de una misma corriente vital. Don Quijote es la expresión de lo que Cervantes aspiraba a ser, de lo que realmente fué en las horas supremas, en aquellos momentos en que parecía

querer salir de las prisiones de la carne y escaparse a las presiones y a las modalidades de su tiempo; en Lepanto, durante la heroica abnegación cristiana de las mazmorras de Argel, y en la cárcel de Sevilla, donde hacía el *Quijote*, porque parece misterio ejemplar del cristianismo que los arranques supremos a lo ideal broten en los pesebres y en las cárceles.

Don Miguel y Don Quijote son de una misma sangre y tras de lo mismo van. Pero Don Miguel es más de carne o tiene menos tiempo para los afanes de propia perfección, o la voluntad no es tan poderosa para la guerra encendida entre él y lo peor y más duro de su siglo. En cambio Don Quijote ha permanecido al margen de las pequeñeces de la corte, de los apetitos, de las envidias literarias; ha pasado en su aldea, entre gentes sencillas y humildes, *preparándose*. Preparándose para su vida pública, y en ese largo prepararse que consume la mayor parte de sus años, porque su carrera apenas llena el espacio de algunos meses, tuvo ocasión y sosiego, sin mezcla de tentación ninguna. Como no andaba en palacios, ninguna palaciega miseria vino a turbarlo; como tenía de qué vivir, el pan y la olla asegurados, no conoció ese veñeno de mendigar lo que nos deben, que ha enturbiado tantas vidas ilustres. Lo necesario tenía y por eso pudo mantenerse puro. Y hasta él descendieron los sueños y en él encarnaron. Así nació la andante caballería espiritual, que es, dentro del siglo, darse, dar, ofrecer sin esperanza ni deseo de retorno, salir por los caminos a combatir el mal y propiciar el bien; no querer premios, entregar las ínsulas a los escuderos, tener un culto y labrarle altares a fuerza de pecho y corazón. Eso fué Don Quijote, y con él los quijotistas en su porción de quijotismo. Esa era la aspiración nunca confesada, nunca del todo cumplida, pero siempre en función de llegar a ser, que animó la vida de Cervantes.

Los esotéricos, es decir, los que han buscado desentrañar el misterio del *Quijote* (no hablo de los cazadores de claves, que alguno hubo tan sonso como para imaginar en el héroe la contraimagen de aquel pobre diablo de Lerma, sin hacer memoria de otras parecidas sandeces); los esotéricos, siguiendo los pasos de don Nicolás Días de Benjumea, que no por bordar sutilezas retóricas en ensayos tan elegantes como bien amañados dejó de ser más profundo que muchos, han creído ver en el Manchego

la exacta imagen del otro Hidalgo. Había mucho de él, naturalmente, porque los escritores proyectan su imagen, o fracciones de sí, aun sin quererlo, aun sin buscarlo. Había de él lo que él tenía de Quijote, que no era ciertamente poco, pero no era ni pudo ser una trasposición de sí mismo, en el sentido que Benjumea y los de su escuela pretenden.

Ya diremos, haciendo valer la intención quiijotesca en descargo de audacia, lo que el *Quijote* es; mejor dicho, lo que pensamos que el *Quijote* pueda ser.

Entre los españoles la repercusión universal de ambos Hidalgos no fué cabal hasta Menéndez y Pelayo, a pesar de figurar entre los exégetas literatos de la talla de Hartzenbusch, Fernández Guerra y el fino don Juan Valera, que todos ellos, con elogiar a Cervantes, no lo desemparejaban mucho de Lope, y a éste solían encumbrarlo a la altura de Shakespeare, que tanto suele picar el amor patrio. (Y nada digamos de la numerosa familia de comentaristas cervantistas en que descollaron el docto Clemencín y el atildado Rodríguez.) Menéndez y Pelayo ha dejado en páginas hermosas conceptos clarísimos. Llámale «el primer ingenio de nuestra nación y el primer novelista del mundo», en lo cual sigue a Enrique Heine.

«La obra de Cervantes —apunta en un ensayo medular— no fué de antítesis, ni de seca y prosaica negación, sino de purificación y complemento. No vino a matar un ideal, sino a transfigurarlo y enaltecerle. Cuanto había de poético, noble y hermoso en la caballería, se incorporó en la obra nueva con más alto sentido. Lo que había de quimérico, inmoral y falso, no precisamente en el ideal caballeresco, sino en las degeneraciones de él, se disipó como por encanto ante la clásica serenidad y la benévola ironía del más sano y equilibrado de los ingenios del Renacimiento. Fué, de este modo, el *Quijote*, el último de los libros de caballerías, el definitivo y perfecto, el que concentró en un foco luminoso la materia poética difusa, a la vez que, elevando los casos de la vida familiar a la dignidad de la epopeya, dió el primero y no superado modelo de la novela realista moderna.»

Con verdadero acierto, afirma en otra parte: «Cervantes no compuso o elaboró a Don Quijote por el procedimiento frío o mecánico de la alegoría, sino que le *vió* con la súbita iluminación del genio, siguió sus pasos atraído y hechizado por él y llegó al símbolo sin buscarle, agotando el riquísimo contenido psicoló-

gico que en su héroe había. Cervantes contempló y amó la belleza, y todo lo demás le fué dado por añadidura.»

Este modo de pensar es compartido en el fondo por los exégetas cervantinos de todos los países de Occidente. Los ingleses fueron, tal vez, quienes más le admiraron, aunque no ganen la palma en comprenderle. Leo en Azorín: «Los ingleses —me contaba en Argamasilla un morador de la prisión de Cervantes— entran aquí y se están mucho tiempo pensando; uno hubo que se arrodilló y besó la tierra dando gritos. ¿No véis en esto el culto que el pueblo más idealista de la tierra profesa al más famoso y alto de todos los idealistas?»

Los alemanes han visto bien a nuestro Hidalgo. J. L. Klein, historiador de la escena española citado por el autor de los *Heterodoxos*, dice por ahí: «No sacó Cervantes de una preconcebida idea general las figuras de Don Quijote y Sancho para ilustrar la abstracta antítesis entre la naturaleza poética y la prosaica, entre la fantasía heroica y el grosero y material sentido utilitario. El verdadero poeta pinta el fondo y cada una de sus partes de una sola pincelada; como Dios creador no concibe primero la idea del mundo en su espíritu y después le da forma, sino que idea y forma las funde y desarrolla en uno; o como el *Okeanos* de Homero hace emanar de una estrecha urna los mares que, además de su propia inmensidad, abarcan todos los ríos y reflejan cielo y tierra.»

Heine ha escrito en sus notas *De Alemania*: «El autor de *Hamlet* y el autor de *Don Quijote* son los dos poetas más grandes que haya producido el tiempo moderno. Pero Cervantes, aun más que el dulce William, ejerce indefinible encanto en mí. Lo amo hasta las lágrimas...» Pensaba Heine que el Hidalgo había escrito la más grande sátira contra el entusiasmo humano. O quiso ridiculizar la naturaleza del hombre. «¿Representó nuestra alma bajo la forma de Don Quijote y nuestro cuerpo bajo la forma de Sancho Panza? Esa larga historia sería entonces un misterio grande, donde el problema del espíritu y de la materia se discutiría en su verdad más espantable.»

Releyendo la aventura de los leones, Thomas Mann ha comprendido el fondo cristiano del *Quijote*: «En ningún pasaje se demuestra con mayor claridad la radical predisposición del poeta a humillar y a sublimar al mismo tiempo a su héroe. Ahora bien, en estos dos conceptos rebosa la substancia de la sensibi-

lidad cristiana y precisamente en su conjunción psicológica, en su confluencia humorística, se evidencia hasta qué punto es el *Don Quijote* un producto de la cultura cristiana, del cristiano conocimiento del alma, de la cristiana humanidad. Y cuánto significa el cristianismo eternamente para el mundo del alma, de la poesía, para lo humano mismo y su audaz despliegue y su liberación.»

«En su concepto —anota Jorge F. Nicolai en enjundioso ensayo sobre Don Miguel—, la liberalidad con que mira la vida le hace parecer moderno y le da el derecho de sentirse como guía de los hombres.» Después de recordar la bella expresión de John Keats —«algo hermoso es un placer para siempre»— y de reconocer que tenía mentalidad científica, llega a esta afirmación: «Don Quijote y su autor, si no fueron católicos militantes, tuvieron caridad cristiana.» Lo fueron y la tuvieron.

En Don Quijote hay «la misteriosa incertidumbre de la vida real» y Cervantes «lo escribió evidentemente en un raptó de furor poético», pone en otra parte, mostrando que el Manchego se transforma cada vez más «hasta que se trueca en algo como un santo».

La transformación indudable que se observa en el Hidalgo, la progresión de sus ímpetus, el perfeccionamiento de su estilo moral, la constante superación de sí mismo, pueden compararse al fenómeno físico-moral del crecimiento. Aquí se muestra de cómo Don Quijote es hijo de Cervantes y de cómo se vitaliza por sí, con independencia de su creador, dejando de ser personaje o héroe de una ficción genial para convertirse en ser vivo, con la particularidad de que a medida que crece se eterniza, en tanto su creador estuvo sujeto a la inexorable ley que preside la marcha de toda humana creatura.

Volvamos a Nicolai. Para él Cervantes «era él mismo un caballero andante que luchaba por la más hermosa doncella que hay en el mundo: por la libertad espiritual». Piensa, y piensa bien, que fué un exponente genuino del espíritu libertador del Renacimiento, y que por el hecho de haber llegado su libro no sólo a mano de los doctos, sino de todo el mundo, contribuyó mucho al advenimiento de los tiempos modernos. «Aunque no todos comprenden claramente el profundo sentido de Don Quijote, sentirán todos, por asociaciones inconscientes, al hombre que está detrás de la obra, al hombre sano y fuerte, enemigo de todo obs-

curantismo y de toda superstición, y amigo de un concepto natural, o lo que es lo mismo, científico, de la vida. Pues estos vientos corren por el libro: se siente que no saca su fuerza de un doctrinarismo escolástico o de cualquiera otra índole, sino, como Anteo, de la tierra y de la vida misma. Lo que su contemporáneo Galilei había hecho para la ciencia, Cervantes lo hizo para la literatura: la entregó de nuevo a un razonable naturalismo, dejando las imágenes artificiales y volviendo a la vida real y a los hombres tal cual son.» En concepto de nuestro biólogo, y es el más preciso homenaje alemán que yo conozca (similar en cierto modo a la expresión de Macaulay sobre Shakespeare), Cervantes continuará en pie, «tan glorioso como el primer día de su gloria», «hasta que se olvide la cultura de Europa».

Los rusos han amado también a los dos Hidalgos. Y no es que operen en ellos esas similitudes, más aparentes que reales, entre los eslavos y los españoles, en cuya anotación se complacen algunos ensayistas, engañados por afinidades musicales y de orden estético, acaso también por cierta común proclividad a subestimar el valor de la vida.

Dice Turguenev, escritor que fué de los más cercanos a la mentalidad latina: «Es Don Quijote, sobre todo, el emblema de la fe, de la fe en algo eterno, inmutable, de la fe en la verdad superior al individuo, de la verdad que no se revela a él fácilmente, que exige culto y sacrificio, y no se entrega sino después de larga lucha y de una abnegación ilímite.»

Dostoyewski, el más eslavo entre los novelistas mayores de Rusia, llámalo el libro «más grande y triste de cuantos ha creado el genio de los hombres.» ¿Triste? Triste y alegre, como la vida.

«En todo el mundo, añade el autor de *Los hermanos Karamazow*, no hay otra ficción más sublime y fuerte que ésta. Representa hasta ahora la suprema y más alta expresión del pensamiento humano, la más amarga ironía que puede formular el hombre, y si se acabase el mundo y alguien preguntase a los mortales: Veamos, ¿qué habéis sacado en limpio de vuestra vida y qué conclusión definitiva habéis deducido de ella? Podrían los hombres mostrar el *Quijote* y decir: Esta es mi conclusión respecto a la vida...» Palabras hondas.

Los franceses, que nunca fueron largos para apreciar a los grandes de otros pueblos, no han quedado cortos en el número de ediciones ni en la cuantía del elogio.

Dice Jean Cassou: «Lo tengo por un hombre de mejor compañía que Rabelais, Montaigne y Shakespeare, más gentilhombre, sí, más gentilhombre, más elegante, noble y discreto en el sentido que esta palabra tiene en el español de la época —*discreto*— y que implica todas las delicadezas del corazón y del juicio. Y esa gentilhombría le permite, sin ridículo alguno, mostrarse bueno. Bueno a la perfección. La bondad de Cervantes es el rago que en él domina más vivamente. Una bondad fraternal, evangélica, de la cual no hay ninguno de sus personajes que no esté iluminado.»

«En un siglo que fué de oro, pero también de sangre, Cervantes ignora, hasta el término de sorprendernos, la violencia, la venganza, los placeres de la dominación y de la crueldad.»

«Es una naturaleza angélica», afirma.

Y aun: «Es menester amar a Cervantes, es preciso amar a Don Quijote y Sancho Panza, es preciso acompañar a los tres a través de sus vicisitudes. Han sido los tres, y lo son eternamente, los hombres mejores y más humanos.»

Los italianos también le amaron. En un escritor moderno —Paolo Savj-Lopez— hallé, entre apreciaciones equivocadas, conceptos justos. Estudiándolo, ha dicho no poco bueno de sus obras maestras menos conocidas, *La Galatea*, las *Ejemplares*, el teatro, tan subestimado, a pesar de su inmenso colorido español y riquísimas vetas que se entran en lo mejor de la picaresca, su *Persiles*. De él apunta que no es una novela, sino un mundo.

Todo Cervantes era para Goethe un tesoro.

Y para el mundo, para aquello que constituye la savia del mundo, lo será hasta el fin y término del tiempo.

Don Miguel y Don Quijote, eternamente juntos, semejantes y unidos.

¿Cómo, finalmente, interpretar la Biblia Civil escrita por Miguel de Cervantes?

El *Quijote* es el espejo de hombres futuros, del hombre en que lo ideal deje de ser aspiración para concretarse en forma de vida. No sólo en norma, sino en forma; es decir, en función vital. El hombre conoce su imperfección, sabe que por un lado van las aspiraciones, las normas de lo que puede ser el recto sendero, el camino que a toda perfección conduce, y por otro los modos corrientes de vida, aquello que determina la flaca naturaleza. El hombre conoce su imperfección, digo, y por eso admira en su

esencia moral al Hidalgo, y de ella se cautiva. Espejo es el *Quijote* de hombres que un día serán, de hombres cuya perfección adivinamos a través del ingenio de Cervantes; prefiguración de lo que debe ser nuestra especie. Cervantes supo, porque es lo propio del genio asomarse por encima del arco del tiempo. Supo y de ese saber, de ese prefigurar, de ese querer, Don Quijote brotó como una flor de milagro. Brotó para ser semilla.

Señores académicos:

Permitidme, antes del punto final, evocar a los míos, a aquellos que me precedieron y cuya vida y obra han sido una gran luz en mi jornada.

Entre los que compartieron los trabajos de la Academia, en etapas y épocas distintas, debo rendir tributo, sin elogio ni adjetivos, a Benjamín Vicuña Mackenna. Y, fuera de innecesarios parangones, al doctor Augusto Orrego Luco, quien, el día de su ingreso, trató de la silenciosa labor de los artífices, cuyos trabajos, como las monedas de oro, nunca tienen circulación popular. Más próximo a mí, más cercano en el afecto, diviso a mi padre, en este mismo sitio, en la tarde solemne de su incorporación. Correspondióme leer una parte de su discurso y saborear, en lengua propia, la sal de su ingenio. Y ahí, en las primeras filas del auditorio, pareceme divisar aún la figura de mi madre, envuelta en ese manto sutil de belleza y emoción con que los hijos revisten siempre la memoria más amada.

Otros nombres aún: mi hermano Benjamín, maestro de los primeros pasos en el camino de las letras, compañero inseparable de los días de la niñez y de la infancia; poeta y comediógrafo. Le debo el descubrimiento de los mundos inefables en que el arte alienta. Mirando hacia atrás, en lo alto de la montaña, siento la necesidad de decir que es el espíritu más puro encontrado por mí en el camino de la vida.

Y Benjamín Vicuña Subercaseaux, ensayista, crítico de historia, escritor vigoroso y delicado: partió cuando las brisas de la primera juventud golpeaban todavía a sus ventanas.

Los dioses les amaron.

La vida pasa; la vida pasa con la rapidez de las visiones en los sueños. ¿Ayer, hoy? Apenas una línea imperceptible nos separa del pasado. Los matices de crepúsculos y auroras se funden en el arco del mediodía. ¿Sobrevivirá algo, acaso, en la obra

que creímos realizar? De lo hecho, generalmente se recuerda la continuidad y la voluntad del esfuerzo. ¿Para qué envanecemos de lo transitorio y contingente?

Oí a uno de nuestros colegas más ilustres, don José Toribio Medina, en la hora de su jubileo, decir a la muchedumbre que le aplaudía y honraba: «He trabajado mucho y me he cansado poco.» Difícil es reiterar esa frase de cuño romano. Podría, en cambio, expresar la esperanza de que me sea permitido transmitir, sin menoscabo, la antorcha encendida.